

Manos de seda

Texto y foto ROBERTO MESA MATOS

Impresiona andar cualquier área del Hospital Celia Sánchez Manduley, de Manzanillo, junto al doctor Nisaber Estévez Trujillo. El acompañante se percata de que demorarán en llegar al destino, pues pacientes, alumnos, colegas, quieren saludarlo, o entablan un diálogo, de apenas minutos.

Treinta y ocho años de experiencia como Especialista de Segundo Grado en Cirugía General y Profesor Consultante de esa especialidad justifican las escenas, que confirman la admiración colectiva hacia un hombre que ha hecho de su profesión un sacerdocio.

La mañana promete, confluirán en el salón quirúrgico central cuatro generaciones de especialistas, él y sus colegas, antes alumnos, Francisco Vargas La O, Jonnes Vallejo Licea y Susana Rey Vallés. Vargas fue profesor de Vallejo y ambos de la más joven del grupo.

Estévez camina lento, como meditando lo que en pocos minutos hará en el salón; la satisfacción es evidente, aunque rehúye los elogios.

“Para mí es un orgullo muy grande compartir una jornada de operaciones con cirujanos a quienes contribuí a formar y, en el presente, constato el crecimiento profesional, la destreza, el valor y la agilidad que han adquirido. Es placer y privilegio”.

Casi todo está listo para la acción. Les “robo” minutos.

“Uno se siente tranquilo, porque pone a disposición de cualquier paciente experiencia, conocimientos, práctica y agilidad adquirida con los años. No hay operación fácil, nunca puedes confiarte”, dice Estévez.

A Vargas La O la noche antes le cuesta conciliar el sueño: “Pienso mucho en lo que haré. Me imagino dentro del salón. Duermo poco y con la tranquilidad de las primeras horas del día reestudio los casos.

“El tiempo hace que te acostumbres, pero sí, siempre impresiona. Adentro, la concentración es primordial, no se habla de otro tema que no sea del acto quirúrgico.

“Cuando todo sale bien la felicidad florece, de lo contrario llegas al hogar cabizbajo, sin deseos de hablar y apenas puedo comer.

“En Medicina hay cuestiones impredecibles, que dependen de varios factores a controlar después de la operación. Mejora a medida que los estabilizas, junto a la respuesta del paciente, que no es igual en todos. Determinan su resistencia y los cuidados postoperatorios para que la recuperación sea eficaz”.

Del cuarteto, el doctor Vallejo es el más “pasadito” de peso corporal: “No me canso, estoy fuerte, aunque los chequeos deben ser más frecuentes”, dice y sonríe.

-Doctor, ¿qué cualidades distinguen a un buen cirujano?

-Vocación y aptitudes, es una especialidad que requiere de mucho sacrificio, estudio y dedicación. Existe una combinación de teoría y práctica, una



Las cuatro generaciones de cirujanos, de izquierda a derecha, los doctores Nisaber Estévez Trujillo, Francisco Vargas La O, Susana Rey Vallés y Jonnes Vallejo Licea

depende de la otra. Desde que comienzas a estudiar Medicina te inclinas por la Cirugía.

-¿En esta profesión, qué lugar ocupan el valor y la destreza?

-Entre nosotros hay frases que lo describen: el cirujano debe poseer ojos de águila, corazón de león y manos de seda. El primero, porque hay muchas enfermedades inaccesibles al ojo humano; lo segundo, porque debes ser hábil y perspicaz; y el tercero, porque tienes que ser “fino” en los actos, los errores en Cirugía cuestan caro, y para el paciente son fatales. El cirujano que tenga miedo no puede ejercer, hay que ser atrevido”.

La joven Susana Rey Vallés abona diariamente un desempeño excepcional, que tiene en la línea materna al paradigma. “Es un reto grande compartir estos instantes con mis profesores, pero me hace crecer, enorgullece y compromete. Aprendo de ellos y, juntos, valoramos y discutimos en cuestión de segundos el proceder que sea más efectivo.

“El apoyo de la familia es esencial, porque los problemas cotidianos tienen que dejarlos fuera: aquí tienes la vida de las personas en tus manos.

“Mi madre fue una de las primeras cirujanas de este hospital, mi esposo es ortopédico y tenemos una niña. Nos ayudamos mutuamente. Antes de llegar al salón, desayunamos fuerte, no mucho, solo lo necesario para no sentir hambre, porque no podemos salir”.

Los hombres del equipo reconocen en la joven a una excelente profesional, con alto nivel de desempeño, ubicándola entre las mejores de la institución manzanillera de la Salud Pública.

El doctor Francisco Vargas La O elogia la resistencia de sus compañeras: “Ellas tienen las condiciones de un buen cirujano y además son madres y esposas, verdaderamente resulta admirable”.

Para quien no esté acostumbrado, transcurridos 10 minutos el frío de un salón de operaciones puede resultar incómodo. A eso súmele el sonido ca-

racterístico de los equipos con los que laboran y lo escribo con la experiencia de haber compartido varias horas con el grupo de profesionales.

El anestesista es el doctor Carlos Tornés Quesada: “Los exámenes complementarios y la extensión de la actividad quirúrgica te van diciendo cuáles y qué cantidad de medicamentos utilizar”.

Miembro de una familia en la que todos se dedican a esa especialidad, y su progenitor, de igual nombre, cumple misión internacionalista, Tornés Quesada está feliz por disponer de equipos de primera generación.

Alis Carrazana Espinosa, Silvio Infante Mendoza y Mairena García Ríos semejan tres hormigas dentro del salón quirúrgico: la primera, la enfermera anestesista; él trabaja como instrumentista y la última se desempeña como “circulante”, algo así como la coordinadora general.

“La experiencia ocupa un lugar importante, pero la atención, el amor y la dedicación al trabajo son necesarias. La labor en conjunto determina el éxito”, comenta Carrazana Espinosa.

La resistencia física de Infante Mendoza impresiona al visitante, apenas se despegas de la mesa quirúrgica: “Uno se acostumbra, aunque terminas muy agotado. Son horas de pie, para alcanzar al cirujano el instrumental que solicite en su faena. Somos una familia”.

Mairena no es muy dada a los diálogos, insisto y manifiesta: “Usted lo ha presenciado hoy: salgo y entro con lo que sea necesario localizar para la intervención quirúrgica. Aquí nada puede faltar, todo lo tenemos dispuesto por la salud de los pacientes y la satisfacción de sus familiares y también la nuestra.

Las luces del salón se apagan. Todo termina luego de intensas horas de duro bregar. Los cirujanos y su equipo se saludan, se abrazan y asoma alguna lágrima a las mejillas. Dentro de muy poco regresarán para ofrecer salud y vida con manos de seda.



Con el polvo del archivo

Por JOSÉ CARBONELL ALARD

Comercio de contrabando

A finales del siglo XVI, la villa de San Salvador de Bayamo fue patíbulo de filibusteros. El famoso bandido del mar Richard y el también francés Gilberto Girón escribieron las últimas páginas de sus vidas en la segunda fundación de Don Diego Velázquez.

El primero, ahorcado en su Plaza Real. El segundo, en los inicios del siglo XVII expuesto en la Plaza Mayor, cortada la cabeza y exhibida en la pica de su matador, el esclavo bayamés Salvador Golomón. Por esos tiempos ya Bayamo transitaba por las formas de contrabando.

Cartas del gobernador de Cuba Don Pedro Valdés, así lo confirman. Así también por ella se sabe la real intención de la visita del obispo Fray Juan de las Cabezas Altamirano, cuyo rescate, narrado en **Espejo de Paciencia**, fue protagonizado por autoridades y vecinos de Bayamo. Desde La Habana escribía el gobernador Valdés a su majestad, el 3 de enero de 1604.

“El obispo desta ysla D. Fray Juan de las Cabezas, como tan deseoso del servicio de V.M. i del cargo i oficio que administra, avrá pocos días partió desta cibdad de La Habana á los lugares de la ysla con mucha determinación de azer i administrar justicia contra los de su juridizion culpados en estos delitos de rescate, i para podello mejor azer cumpliendo con lo que V.M. por una celula suya manda, su fecha en S. Juan de Ortega á 16 de junio de 1603, se le advirtió i dio noticia de todo lo que a su cargo estaba de remediar, i un tanto de las culpas de los religiosos i sacerdotes, que son muchas i probadas i muy verificadas de lo que resultare: i de su visita avisaré a V.M”.

El mismo gobernador de la isla Don Pedro Valdés, notificaba a Madrid en 1602 cómo los laicos y el clero ejercían el contrabando. Aquel ilícito negocio se convirtió en la principal actividad en Bayamo. Poco caso se les hizo a los mandatos del Rey, y por Cauto Embarcadero los piratas franceses, ingleses y holandeses comerciaban trayendo sedas, lino y otros artículos que cambiaban por tabaco, pieles, carne salada y añil.

En 1603, las autoridades españolas, alarmadas por el desafiante contrabando bayamés y queriendo ponerle fin, decretaron que la venta del tabaco a extranjeros sería castigada con la muerte. Pero ya era tarde, el contrabando en Bayamo creció cada vez con más fuerza, convirtiéndose en algo común. De ello hay páginas represivas y violentas. En 1606 llegaba a la villa del Bayamo un Juez Especial, el licenciado Don Melchor Suárez de Poago. Con el encargo de terminar con el contrabando, lo enviaba Don Pedro Valdés, de quien era asesor y teniente general.

Venía acompañado de ejércitos y fragatas para encausar y trasladar a La Habana a todos los bayameses acusados de estar implicados en el productivo negocio, también de intimar con los filibusteros. Entre los señalados estaba el teniente a guerra Don Antonio Maldonado. Pero eso es otra historia...

Publicado el 14 de octubre de 1990
Compilación: Luis C. Palacios Leyva